

Edith Wharton

Ethan Frome
Las hermanas Bunner

Traducción de José Luis López Muñoz

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Ethan Frome – Bunner Sisters*

Primera edición: marzo de 2016

Segunda edición: febrero de 2026

Diseño e ilustración de cubierta: Tatiana Boyko

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: José Luis López Muñoz, 2016, 2026

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-165-1

Depósito legal: M-20941-2025

Printed in Spain

Ethan Frome

Llegué a saber lo ocurrido en varias etapas, de la boca de diferentes personas y, como suele pasar en estos casos, con sucesivos cambios en el relato cada vez que me lo contaban.

Si conocen ustedes Starkfield, un pueblo de Massachusetts, también conocen su edificio de correos. Y si conocen el edificio de correos, tienen que haber visto a Ethan Frome cuando, después de soltar las riendas de su caballo zaino de lomo demasiado hundido, se apea de la calesa para cruzar muy despacio la acera de adoquines hasta la blanca columnata; y sin duda se han preguntado por la identidad del personaje.

Fue allí donde, hace varios años, lo vi por vez primera; y su figura hizo que me detuviera en seco. Incluso entonces era la persona más llamativa de Starkfield, aunque se lo pudiera calificar ya de ruina humana. No destacaba tanto por su aventajada estatura (puesto que a los «nativos», aunque sean más bien desgarbados, se los distingue con facilidad, en razón de su altura, de los forasteros, más bajos y fornidos) como por su aspecto displicente pero enérgico, pese a una cojera que le obligaba a andar como si llevara grilletes en los pies. Había en su rostro un algo desolado e inaborda-

ble, y además se movía con tanta rigidez y tenía el pelo tan canoso que lo tomé por un anciano y me sorprendió averiguar que no pasaba de los cincuenta y dos años. Aquel dato me lo proporcionó Harmon Gow, cochero de la diligencia que aseguraba la comunicación entre Bettsbridge y Starkfield en los días anteriores al tranvía, y conocedor de la historia de todas las familias que habitaban entre las dos poblaciones.

—Tiene ese aspecto desde que se estrelló; y de eso hará veinticuatro años en febrero —me explicó Harmon entre pausas para hacer memoria.

Fue la «colisión» —supe por la misma fuente— lo que, además de dibujarle en la frente una cicatriz roja muy visible, le había acortado y deformado todo el costado derecho hasta el punto de exigirle un notable esfuerzo a la hora de dar los pocos pasos que necesitaba para llegar desde su calesa hasta la ventanilla de la oficina de correos. Solía presentarse todos los días hacia las doce de la mañana y, como era también la hora de recoger mi correspondencia, de ordinario me cruzaba con él en el porche y permanecía a su lado mientras esperábamos a que la mano de detrás de la rejilla nos hiciera entrega de nuestro correo. Me fijé en que, no obstante sus visitas diarias, Ethan Frome raras veces recibía algo más que su ejemplar del Bettsbridge Eagle, periódico que procedía a guardar, sin mirarlo, en un bolsillo —muy dado de sí— de su chaqueta. De cuando en cuando, sin embargo, el funcionario de correos añadía alguna carta para Zenobia (o Zeena) Frome, su esposa, carta cuyo sobre llevaba habitualmente, y de manera llamativa, en la esquina superior izquierda, la dirección del fa-

bricante de algún específico farmacéutico y el nombre de su producto. Antes de despedirse en silencio del funcionario de correos con una inclinación de cabeza, mi vecino también se embolsaba aquellos documentos sin mirarlos, como si estuviera demasiado acostumbrado para sorprenderse de su número y su diversidad.

En Starkfield lo conocía todo el mundo y lo saludaba de acuerdo con lo severo de su expresión; en general se respetaba su aire taciturno y sólo en raras ocasiones alguno de los ancianos del lugar lo detenía para intercambiar con él unas palabras. Cuando eso sucedía, Ethan Frome escuchaba en silencio, los ojos azules fijos en el rostro de su interlocutor, y respondía alzando tan poco la voz que sus palabras nunca llegaban a mis oídos; luego se subía trabajosamente a la calesa, sujetaba las riendas con la mano izquierda y, muy despacio, se ponía en camino hacia su granja.

—¿Fue muy grave el accidente? —le pregunté a Harmon mientras seguía con la vista la figura de Frome que se alejaba, pensando al mismo tiempo en qué airoso debía de resultar su rostro, enjuto y bronceado, con su mata de cabellos claros, cuando (antes de que quedara deformado para siempre) descansaba sobre unos hombros tan sólidos.

—Peor imposible —confirmó mi informante—. Tan grave como para matar a la mayoría de las personas. Pero los Frome son resistentes. Es probable que llegue a centenario.

—¡Cielo santo! —exclamé. En aquel momento Ethan Frome, después de sentarse, se había vuelto para comprobar que un cajón de madera (también con la eti-

queta de un boticario), colocado por él en la parte de atrás de la calesa, quedaba bien sujeto, y tuve ocasión de ver en su rostro la expresión que de ordinario tenía cuando se creía solo—. ¿Centenario? ¡Se diría que ahora mismo ya está muerto y en el infierno!

Harmon se sacó del bolsillo una pastilla de tabaco de mascar, cortó un trozo y se lo metió en la boca para colocárselo en el interior de una mejilla que era lo más parecido a una bolsa de cuero.

—Supongo que ha pasado demasiados inviernos en Starkfield. La mayoría de las personas con dos dedos de frente se marchan de aquí.

—¿Y él por qué no?

—Alguien tenía que quedarse para cuidar de su familia. Nunca ha habido otra persona disponible. Primero fue el padre, luego la madre y después la mujer.

—Y para terminar ¿la desgracia del accidente?

Harmon rió, sarcástico, entre dientes.

—Así es. No le quedó otro remedio.

—Entiendo. Y desde entonces, ¿los demás han tenido que cuidarlo?

Harmon, con aire pensativo, se pasó el tabaco a la otra mejilla.

—En cuanto a eso, supongo que siempre ha sido Ethan quien ha cuidado de su familia.

Aunque mi interlocutor se extendió en el relato de lo sucedido hasta donde su capacidad mental y moral se lo permitía, quedaban huecos perceptibles entre los hechos, y tuve la sensación de que el significado más profundo de la historia se perdía en aquellos espacios vacíos. Pero una frase se me quedó en la memoria y me sirvió de núcleo para después ordenar a su alrede-

dor mis ulteriores deducciones: «Supongo que ha pasado demasiados inviernos en Starkfield».

Antes de que concluyera mi estancia en la ciudad entendí el significado de aquellas palabras, pese a que había llegado a Starkfield en la degenerada época del tranvía, de la bicicleta y de la entrega a domicilio del correo, cuando la comunicación entre las dispersas poblaciones de las montañas era mucho más fácil y los municipios de los valles, como Bettsbridge y Shadd's Falls, tenían bibliotecas, teatros y centros de la Asociación de Jóvenes Cristianos, lugares a los que los habitantes de las colinas podían acudir para distraerse. Pero cuando el invierno descendía sobre Starkfield y el pueblo quedaba cubierto por un manto de nieve que el pálido cielo se encargaba de renovar perpetuamente, empecé a darme cuenta de lo que la vida allí —o más bien su ausencia— tenía que haber sido para Ethan Frome en su primera juventud.

Aunque mis jefes me habían enviado a realizar unos trabajos muy concretos en la gran central eléctrica de Corbury Junction, una prolongada huelga de carpinteros me retrasó tanto que pasé en Starkfield —el sitio habitable más cercano— la mayor parte del invierno. Al principio la demora me irritó mucho, pero luego, debido al efecto hipnotizador de la rutina, fui encontrando poco a poco una sombría satisfacción en aquel modo de vida. Durante la primera parte de mi estancia me había sorprendido el contraste entre la luminosidad del clima y lo mortecino de la comunidad. Día a día, terminadas ya las nieves de diciembre, un resplandeciente cielo azul derramaba torrentes de luz y aire sobre el albo paisaje, que se los devolvía con

un intenso brillo. Cualquiera daría por sentado que semejante atmósfera tenía que servir para acelerar las emociones además del pulso, pero no parecía producir otro cambio que ralentizar todavía más el ritmo de la vida en Starkfield. Después de pasar allí algún tiempo más, después de ver que a aquella temporada de claridad cristalina seguían largos periodos de frío con ausencia de sol; después de comprobar que las nevadas de febrero instalaban sus blancas tiendas por todo el abnegado pueblo y que la salvaje caballería de los vientos de marzo atacaba también para apoyarlas, empecé a entender por qué Starkfield terminaba sus seis meses de asedio como una guarnición famélica que capitulase sin condiciones. Veinte años antes las posibilidades de resistir tenían que haber sido mucho más escasas y el enemigo eliminaba además casi todos los medios de comunicación entre las poblaciones sitiadas; de manera que, al considerar todo aquello, capté la siniestra carga negativa de la frase de Harmon: «La mayoría de las personas con dos dedos de frente se marchan». Pero, si era ése el caso, ¿cómo explicar que se diera una acumulación tal de obstáculos capaz de impedir la huida de un hombre de las características de Ethan Frome?

Durante mi estancia en Starkfield me alojé en la casa de una señora de mediana edad a la que todo el mundo conocía como la «viuda de Ned Hale». Su padre había sido el abogado de la anterior generación de Starkfield, y la «casa del abogado Varnum», donde mi anfitriona residía aún con su madre, era la mejor vivienda del pueblo. Se hallaba en un extremo de la calle mayor, con su pórtico de estilo clásico y sus ventanas

de cristales emplomados sobre un camino empedrado que llevaba entre abetos hasta la delicada espadaña blanca de la iglesia congregacional. Era evidente que los Varnum estaban de capa caída, pero las dos mujeres se esforzaban al máximo por mantener un mínimo de decoro, y la viuda de Ned Hale, en particular, poseía cierto grado de lánguido refinamiento que no desentonaba del todo con su desvaído hogar pasado de moda.

En el «salón para las visitas», con sus muebles de caoba y sus asientos de crin negra, iluminado por una lámpara de Carcel con su característico gorgoteo, escuchaba yo todas las noches una nueva versión –siempre más delicadamente matizada– de la crónica de Starkfield.

No era que la viuda de Ned Hale se sintiera socialmente superior a las personas de su entorno ni que se diese aires; era sólo que por el hecho de poseer una sensibilidad un poco más delicada y una educación algo superior existía entre ella y sus conciudadanos la distancia suficiente para permitirle juzgarlos con desapego. Nunca se resistía a usar aquella facultad, y yo albergaba muchas esperanzas de que llegara a proporcionarme los datos que me faltaban de la historia de Ethan Frome, o más bien algún rasgo de su personalidad que me permitiera coordinar los que ya poseía. La memoria de la señora Hale era un almacén de anécdotas inocuas, y aunque cualquier pregunta sobre sus conocidos provocaba una respuesta muy detallada, en el caso de Ethan Frome la encontré inesperadamente reservada. No había el menor indicio de desaprobación en su actitud. Sólo advertí una insuperable resis-

tencia a hablar de él o de sus asuntos, un lacónico «Sí, los conocía a los dos... fue espantoso...» parecía ser la mayor concesión que su desconsuelo era capaz de hacer a mi curiosidad.

Tan visible fue el cambio en su actitud, implicaba tales profundidades de íntima tristeza que, con algunas dudas en cuanto a mi delicadeza, planteé de nuevo el caso a mi oráculo local, Harmon Gow, si bien sólo conseguí, por toda recompensa a mis esfuerzos, un gruñido de incompreensión.

—Ruth Varnum siempre ha sido tan nerviosa como una rata y, puestos a pensar en ello, fue la primera que los vio después de que los recogieran. El accidente ocurrió poco más allá de la casa del abogado Varnum, en la curva que hace la carretera hacia Corbury, más a menos en la época en que Ruth se prometió con Ned Hale. Los jóvenes eran todos amigos, e imagino que se le hace muy difícil hablar de aquella desgracia. Por lo que a ella se refiere, también ha tenido un buen número de problemas.

Todos los habitantes de Starkfield, al igual que los de otras comunidades más notables, habían acumulado dificultades suficientes en sus propias carnes para hacerlos comparativamente indiferentes a las de sus vecinos; y aunque reconocieran que las de Ethan Frome iban más allá del nivel habitual, nadie me explicó la expresión de su rostro que, como yo no podía dejar de pensar, no era consecuencia ni de la pobreza ni del sufrimiento corporal. No obstante, quizá me habría contentado con la historia reconstruida gracias a aquellos datos dispersos si no hubiese sido por el desafío que me supuso el silencio de la viuda de Hale y —poco

después– la casualidad del contacto personal con el protagonista de esta historia.

A mi llegada a Starkfield, había acordado con Denis Eady –el acaudalado comerciante irlandés propietario de lo más parecido que había en Starkfield a una caballeriza– mi traslado diario hasta Corbury Flats, donde tenía que tomar el tren hasta Corbury Junction. Pero hacia mediados del invierno los caballos de Eady enfermaron debido a una epidemia local. La dolencia se propagó a otras cuadras de Starkfield y durante un día o dos tuve que dedicarme a buscar un medio de transporte. Fue entonces cuando Harmon Gow me sugirió que el caballo zaino de Ethan Frome disfrutaba aún de buena salud y que quizás su propietario estuviese dispuesto a llevarme.

Me sorprendió aquella sugerencia.

–¿Ethan Frome? Pero si ni siquiera he hablado nunca con él. ¿Por qué demonios tendría que hacerme ese favor?

La respuesta de Harmon todavía me sorprendió más:

–No estoy seguro de que acepte, pero sé que no le vendría mal embolsarse unos dólares.

Se me había dicho que Frome era pobre, y que el aserradero y las áridas hectáreas de su granja apenas le proporcionaban ingresos suficientes para mantener a su familia durante el invierno; pero no había imaginado que estuviese tan necesitado como las palabras de Harmon daban a entender y manifesté mi sorpresa.

–Vaya, las cosas no le han ido demasiado bien –me explicó mi interlocutor–. Cuando un hombre, aunque sabe que hay cosas que sería necesario hacer, ha de

estar mano sobre mano durante veinte años o más, la situación lo reconcome por dentro y pierde toda la fuerza que tenía. La granja de Frome ha sido siempre tan poco productiva como una escudilla con leche después de visitarla el gato; y ya sabe usted lo que vale un viejo molino de agua en los tiempos que corren. Cuando Ethan podía esforzarse al máximo con sus dos fuentes de ingresos desde el amanecer hasta la noche, conseguía más o menos ganarse la vida; pero incluso entonces la familia se lo comía prácticamente todo y no entiendo cómo ahora consigue salir adelante. Primero su padre recibió una cox cuando recogía el heno, se le ablandó el cerebro y antes de morir empezó a regalar dinero como si se tratara de ejemplares de la Biblia. A continuación también su madre perdió la cabeza y durante muchos años fue tan incapaz de hacer nada como una recién nacida; en cuanto a Zeena, su mujer, nunca ha habido nadie más necesitado de cuidados médicos en todo el condado. Ethan siempre ha tenido lleno el plato, desde el primer bocado, de problemas y enfermedades.

A la mañana siguiente, cuando miré por la ventana, vi el caballo zaino de Ethan Frome entre los abetos de Varnum y poco más tarde su dueño, retirando la gastada piel de oso, me hizo sitio a su lado en el trineo. Después de aquello, por espacio de una semana, me llevaba todas las mañanas a Corbury Flats y, al dejarme el tren por la tarde, me recogía de nuevo para trasladarme, en la gélida noche, hasta Starkfield. En ambas direcciones la distancia no llegaba a los cinco kilómetros, pero el paso del viejo caballo era lento, e incluso con una nieve muy firme bajo los esquíes in-

vertíamos casi una hora en el recorrido. Ethan Frome conducía en silencio, las riendas muy sueltas en la mano izquierda, y su rostro moreno, marcado por las cicatrices, bajo el gorro con visera semejante a un yelmo, destacaba sobre los montículos de nieve como la imagen bronceada de un héroe. Nunca volvía el rostro hacia mí, ni respondía, excepto con monosílabos, a las preguntas que le hacía ni a las bromas inocentes que se me ocurrían. Parecía formar parte del melancólico paisaje silencioso, encarnación de su helada pesadumbre, con todo lo que en él existía de cálido y sensible bien oculto en su interior; no había, sin embargo, ninguna hostilidad en su silencio. Lo que yo sentía era, ni más ni menos, que Frome vivía en un abismo de aislamiento moral demasiado profundo para poder compartirlo de buenas a primeras, y tuve además la sensación de que su soledad no era sólo el resultado de sus dificultades personales, por trágicas que las imaginara, sino que se les añadía, como Harmon Gow había apuntado, el frío profundo de tantos inviernos en Starkfield.

Tan sólo en una o dos ocasiones desapareció por un momento la distancia que nos separaba, y los vislumbres así obtenidos confirmaron mi deseo de saber más. Una vez le hablé de un trabajo de ingeniería que me habían encargado el año anterior en Florida y del contraste entre el paisaje invernal que nos rodeaba y el que encontré allí un año antes; y, para sorpresa mía, Frome dijo de repente:

—Sí; estuve allí en una ocasión y durante algunos meses aún recordaba su aspecto durante el invierno. Pero ahora la nieve lo oculta todo.

No dijo nada más y tuve que adivinar el resto por su tono de voz y por la brusca recaída en el silencio.

Otro día, al subir a mi tren en Corbury Flats, eché de menos un volumen de divulgación científica –creo que se ocupaba de algunos descubrimientos recientes en bioquímica– que llevaba conmigo para leer durante el trayecto. No volví a pensar en el libro hasta que aquella tarde me monté de nuevo en el trineo y lo vi en manos de Frome.

–Lo he encontrado después de que se fuese usted –dijo.

Me guardé el volumen en el bolsillo y recaímos en nuestro silencio habitual; pero cuando empezábamos a trepar por la larga cuesta desde Corbury Flats hasta las alturas de Starkfield me di cuenta, pese a la creciente oscuridad del crepúsculo, de que Frome me estaba mirando.

–Hay cosas en ese libro de las que no sabía absolutamente nada –dijo.

Sus palabras me llamaron menos la atención que la extraña nota de pesar que advertí en su voz. Era evidente que le sorprendía y le dolía un tanto su propia ignorancia.

–¿Le interesa ese tipo de cosas? –procedí a preguntarle.

–Solía interesarme en otro tiempo.

–Hay uno o dos hallazgos bastante recientes en ese libro; se han hecho algunos avances destacados últimamente en ese campo particular de la investigación. –Esperé unos momentos la respuesta que no llegó a producirse; luego añadí–: Si quiere verlo con más detenimiento, será para mí un placer prestárselo.

Vaciló y tuve la impresión de que se sentía a punto de ceder a una sutil corriente de inercia, pero luego me respondió, lacónico:

–Gracias; acepto.

Abrigué la esperanza de que el incidente sirviera para establecer una comunicación más directa entre nosotros. Frome era tan sencillo y directo que tuve la seguridad de que la curiosidad que le inspiraba el libro se basaba en un interés auténtico por aquel tema.

Semejantes gustos y conocimientos en una persona en su situación hacían aún más patético el contraste entre la realidad de su vida y sus necesidades íntimas, y confié en que la necesidad de desahogarse sirviera al menos para forzarlo a hablar. Pero, al parecer, algo en su historia anterior o en su manera actual de vivir le había hundido demasiado en sí mismo para que un impulso momentáneo lo sacase de su aislamiento. La siguiente vez que nos vimos no aludió al libro y nuestra relación parecía condenada a seguir siendo tan negativa y unilateral como si no se hubiera producido ninguna quiebra en su reserva.

Frome llevaba conduciéndome hasta Corbury Flats cosa de una semana cuando un día, al mirar por la ventana, descubrí que nevaba con gran intensidad. La altura de las masas blancas que se acumulaban contra la verja del jardín y a lo largo del muro de la iglesia permitían concluir que la tormenta había empezado muchas horas antes y que los ventisqueros que se hubieran formado tenían que ser muy importantes. Me pareció probable que mi tren se retrasara; pero se necesitaba mi presencia en la central eléctrica durante una o dos horas aquella tarde, y decidí ir de todos mo-

dos hasta Corbury Flats, en el caso de que Frome se presentara, y esperar allí hasta que apareciera el tren. Ethan no era una persona que renunciase a sus ocupaciones por ningún problema meteorológico y a la hora convenida apareció con su trineo, deslizándose a través de la nieve como una aparición teatral entre velos de gasa cada vez más espesos.

Lo conocía ya demasiado bien para manifestar asombro o gratitud por su fidelidad a nuestra cita, pero me sorprendió ver que hacia girar al caballo en la dirección contraria a la de la carretera de Corbury.

–La línea férrea está interrumpida por un tren de mercancías que ha quedado atascado en un ventisquero por debajo de Corbury Flats –me explicó, mientras nos poníamos en camino, dispuestos a atravesar la blancura que nos bombardeaba.

–Pero, vamos a ver, ¿adónde me lleva usted, entonces?

–Directamente a Corbury Junction por el camino más corto –me respondió, señalando con su fusta la colina donde se alzaba la escuela del pueblo.

–¿A Corbury Junction con la que está cayendo? ¡Pero si son más de quince kilómetros!

–El caballo los hará si se le da tiempo suficiente. Usted me dijo que tenía cosas que hacer allí esta tarde. Yo me encargo de que llegue a tiempo.

Lo dijo tan sin dar importancia a lo que se proponía hacer que sólo pude responderle:

–Me hace usted un favor impagable.

–No tiene importancia –replicó.

A la altura de la escuela la carretera se bifurcaba, y a la izquierda, entre abetos de ramas inclinadas hacia el

tronco por el peso de la nieve, tomamos un camino descendente. Yo había paseado con frecuencia los domingos en aquella dirección y sabía que el tejado que se veía cerca del pie de la colina entre las ramas desnudas era el del molino de Frome. No daba la menor sensación de vida, con su rueda inmóvil sobre la negra corriente del río, salpicaduras de una espuma entre amarilla y blanca, y el grupo de cobertizos de techumbres combadas por la nieve acumulada. Frome ni siquiera volvió la cabeza cuando pasamos por delante y, siempre en silencio, empezamos a subir la cuesta siguiente. A cosa de kilómetro y medio más allá, por una carretera que no conocía, llegamos a un huerto de manzanos depauperados que se estremecían sobre una pendiente por la que afloraban entre la nieve estratos de pizarra semejantes a animales que sacaran la nariz para respirar. Más allá del huerto se extendían uno o dos campos de cultivo, de lindes perdidas bajo los ventisqueros; y por encima de los campos, empequeñecida por las blancas inmensidades de la tierra y el cielo, una de esas granjas de Nueva Inglaterra, totalmente aisladas, que hacen aún más evidente la soledad del paisaje.

—Ésa es mi casa —dijo Frome con una brusca sacudida del codo lisiado; y ante lo melancólico y opresivo de la escena no supe qué responder. Había dejado de nevar y un destello de luz de sol pasada por agua nos descubrió la casa de la pendiente en toda su lastimosa fealdad. El negro fantasma de una enredadera de hoja caduca se agitaba sobre el porche, y las delgadas paredes de madera, bajo la gastada capa de pintura, parecían tiritar a causa del viento que se había levantado al dejar de nevar.